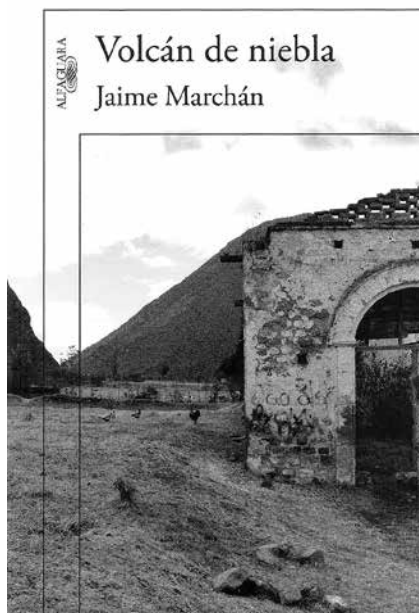


Volcán de Niebla *Presentación a cargo de Francisco Proaño Arandi*

Jaime Marchán Romero

Desde que, hace algo más de veinte años, Jaime Marchán publicara su primera novela, *La otra vestidura*, hemos sido testigos –yo diría que beneficiarios– de un ascendente y fecundo periplo creativo en cuyo curso el autor ha venido demostrando una original y siempre profunda intelección de la realidad y de la época que le ha tocado vivir y experimentar, transfigurados en todo momento, esa intelección, ese conocimiento, por una mirada cálida y humanista y esperanzada, pese a todo, en las potencialidades del espíritu humano. A la par, esa mirada, que no es otra que la construcción literaria específica de Marchán, ha sido, si bien no neutra ni desapasionada, objetiva, puesto que, como sucede con todo arte digno de ese nombre, su tarea no es ni bendecir ni condenar, sino, más bien, señalar, mostrar, indagar, con lo cual



le es posible calar con mayor eficacia en la conciencia del lector, lejos de cualesquiera maniqueísmos o tesis preconcebidas.

En ese periplo podemos destacar obras como *Dacáveres*, colección de cuentos –relatos perversos la subtituló Marchán– que vio la luz en el

Autor: Jaime Marchán Romero

Edición: Librería Rayuela, 2012. Quito.

2005; *Destino Estambul*, publicada en 1998; o *Itinerario de trenes*, 2002; novelas, las tres citadas, de las que en algún momento dije que se trataba de obras muy bien armadas, “con un fuerte sentido de la trama y del suspenso, tanto como de la realidad sobre la cual proyecta –el autor– una irónica mirada”. Ironía, otro *leit motiv* que subyace a la obra entera de Jaime Marchán, junto a un tratamiento riguroso y casi matemático del género, del que parece conocer sus recónditos secretos, esas clavijas invisibles que permiten a la estructura ensamblarse y emerger sin dejar un solo cabo suelto, ocultando en el resultado cualquier vestigio de la ardua artesanía que ha debido precederlo y alcanzando al cabo uno de sus más caros objetivos: la seducción o aprehensión del lector, cautivo consciente de una trama de la que no puede escapar, no obstante saber de las astucias y estrategias que el creador, demiurgo al fin, ha desplazado para apresararlo.

Todo ese bagaje, toda esa experiencia acumulada reflorescen hoy, con eficacia, en una obra polifónica, plural y vasta, en cuyas páginas Marchán ensaya la alternativa de la novela total, esto es, la posibilidad de sintetizar simbólicamente la contradictoria realidad de un país, en un momento complejo de su historia, expresando y representando los múltiples aspectos que lo determinan, combinándolos, conjugándolos o decantándolos en unos cuantos temas esenciales. El Ecuador contemporáneo emerge en

su cruda y atormentada verdad. Allí, en estas casi quinientas páginas, varios destinos individuales enlazan sus historias personales con el decurrir implacable de la Historia con mayúscula y el resultado es un gran lienzo sin concesiones de la realidad que enfrentamos, como nación y como pueblo, o como nación de naciones, en estos primeros años del siglo XXI.

Para ser más exactos, lo que nos propone el autor, por sobre lo que de un modo más bien provisional he denominado “lienzo”, es una suerte de palimpsesto, una radiografía o, más exactamente, una relectura de la realidad que, mimetizada tras la ficción, enmascarada en los distintos bloques de historias, se evidencia al fin, como en un juego de luces y sombras, en alusiones y delusiones, en claroscuros y en perspectivas que tan pronto la delatan, como también la velan; en bajos y altos relieves, a través de los cuales el lector recorre o construye su propio laberinto.

Varios temas fundamentales encontrará quien recorra las páginas de esta novela, sustentados, cada uno, en tramas convergentes que finalmente encuentran el más adecuado desenclace y en el desplazamiento de varios personajes, muchos de los cuales no llegarán siquiera a conocerse –ello no es necesario, como en la vida–, pero cuyos destinos finalmente habrán de completar esa percepción de totalidad que poco a poco se hace carne en nuestra sensibilidad de lectores, testigos y co-creadores en un solo haz.

Quisiera señalar algunos de esos temas, sólo con la intención de verificar, en un plano más bien inmediato, casi elemental, las conexiones de la novela con la realidad circundante. Entre ellos, como en el fondo del lienzo o del escenario, el agitado proceso político que un país como el Ecuador ha vivido durante los últimos años; la peligrosa y difícil coyuntura internacional que lo enmarca; el terrible fenómeno de la migración y los correlativos flagelos que han aparecido o se han profundizado en ese conflictivo contexto: el tráfico de personas, la narcodelincuencia, el sicariato, entre otros; la corrupción de los líderes políticos; el advenimiento del movimiento indígena organizado que plantea en el escenario político y social, es decir, histórico, la posibilidad de una nueva realidad plurinacional y multicultural, con todos sus desafíos; la cuestión siempre acuciante y al parecer no resuelta de nuestra identidad. Enfrentada e inmersa en todo ello, una reflexión que parece interpelar a la novela misma, sobre la legitimidad de la creación artística y sus meandros oscuros y enigmáticos, muchas veces difíciles de dilucidar. Es decir, que simultáneamente, Marchán hace literatura de la literatura, meta-literatura.

En el tratamiento consecuente de esos temas, el autor desplaza una serie de personajes, que oscilan en las más diversas posturas éticas y antiéticas. Allí, aquellos héroes o antihéroes que, al cabo, expresan el íntimo

debate de una sociedad que quiere cambiar, preservando los valores que la hacen o deben hacerla verdaderamente humana, incluyente y, al mismo tiempo, libre. Allí, entreverados con los primeros, los otros, los canallas, los corruptos, los antihumanos. Pero, como señalaba más arriba, sin maniqueísmos, contemplados unos y otros con esa mirada profundamente humana de un narrador para quien sus personajes son absolutamente complejos, atrapados entre el bien y el mal, enfrentados a encrucijadas existenciales donde no siempre es dable adoptar con claridad la decisión correcta, éticamente hablando.

Vuelvo, entonces, a la noción antes aludida de palimpsesto, esto es, a esa sobreescritura que se superpone desde la ficción al relato histórico de lo real, a lo verdaderamente acontecido. Una mirada abarcadora, que nos lleva a una renovada intelección de los hechos, no sólo de los que cobran honda verosimilitud en la novela, sino de aquellos que son sus indirectos correlatos: los que corresponden a la realidad histórica.

El autor, movido tal vez por la vastedad de su cometido, ensaya, en el seno mismo de la novela, varias vertientes del género, perceptibles a lo largo de las cinco extensas partes que vertebran su estructura. En un primer momento, el lector parece verse abocado a un inteligente *thriller* político. Tal es la atmósfera de suspenso que crea, la precisión matemática con que va ensamblando, incluso en el nivel

cronométrico, las sucesivas instancias que mueven la historia. Una historia que involucra, a la vez, y esto puede ser una infidencia por parte de quien presenta la obra, una suerte de profecía en relación con la reciente situación internacional que ha enfrentado al país con la vecina Colombia, inmersa por su parte en un conflicto interno que dura ya como cinco décadas sangrientas.

Paulatinamente, lo que parecía ser un *thriller* o una novela de aventuras con trasfondo político, se va decantando a sí mismo, sobreponiéndose a su propia retórica y alcanzando un nivel de obra plural, o coral, que inquiere incisivamente en los vicisitudes del poder, en la realidad de un conflicto, en la verdad de un país y en las secuelas que esa verdad y ese poder dejan en los destinos humanos.

De alguna manera, esta novela es también una ucronía, lo que acrecienta su interés. Del griego *u* (es decir, no) y *khronos* (tiempo), ucronía es un género literario parautópico, conocido también como novela histórica alternativa o parafractal, en la que se reconstruye la historia como pudo haber sucedido, de no mediar las circunstancias de lo real. El espacio en que transcurre esta parautopía de Marchán es la primera década de este siglo y no cabe duda que, desde una perspectiva lógica, pudo haber sido así como lo cuenta, partiendo de su propio punto “Jorban” (punto crucial de inicio), que bien puede identificarse con el feriado bancario

de las postrimerías del régimen de Jamil Mahuad. Tal es el enigma que queda en la mente del lector, extrañamente llevado por la taumaturgia del narrador (en este caso, omnisciente) a vecindades que rozan su realidad, pero que se mantienen allí, latentes, en una especie de “otra dimensión” posible. En el fondo, lo que se propone al lector, entre líneas, en los intersticios del texto planteado, es la realidad misma, transfigurada por una escritura que, apelando a lo imaginado, la disfraza y la pone en evidencia a la vez, en un movimiento ambiguo y envolvente.

Novela total, *Volcán de niebla* es, asimismo, un inventario del país: de su geografía, de su naturaleza, de su literatura, de su cultura y costumbres, incluso de su gastronomía, de su flora, de aspectos no conocidos de sus cambiantes paisajes. Un inventario levantado por un observador desapasionado e implacable, que también, a momentos, no deja de indignarse ante ciertas realidades o incluso ante algún personaje sin duda despreciable –Freddy Pérez es su nombre, me parece-, lo cual, para descargo del autor, conceptuamos perfectamente humano.

No miento al decirles que en tanto me he referido a aspectos generales de la novela, a lo que podrían denominarse sus virtudes estilísticas y estructurales, he debido luchar con una aguda tentación: la de contarles algunos de sus episodios más apasionantes o la de referirme a alguno al

menos de sus personajes más controvertidos. Pero no se preocupen. Sólo puedo decirles que cuando la lean, simplemente serán devorados por el torbellino de una o varias tramas que se conjugan, se superponen y finalmente logran su propio desenlace llevadas por la pericia narrativa del autor. Por sobre ello, la reflexión constante y profunda, y, concomitantemente, el soplo poético de un estilo fraguado en el insobornable sentido de lo que es la verdadera literatura. Un estilo que, en determinados momentos particularmente descriptivos, alcanza una gran intensidad.

No me resisto a citar algunas frases ilustrativas tomadas al azar, por ejemplo: “El calor medra en la sombra como un hongo enorme e invisible.” O:

Desde la ventana de la cabaña marítima divisaba su silueta contra el mar oscuro, su cuello de cisne flagelado por el espejeo de las olas. A menudo, se retiraba unos pasos del lienzo para volver a pincelar. Las huellas de sus pies marcaban la arena tersa por unos segundos, hasta ser barridas por el lucio de la marisma. Arriba se alzaba un cielo de bronce doliente, cárdeno, sin nube alguna.

Marchán llega con esta novela, *Volcán de niebla*, a una instancia cimera en el curso de su carrera como novelista, una instancia sin embargo abierta a todas las posibilidades. El hecho, realmente notable, de haber ensayado, consciente o inconscientemente, en esta obra, algunas

encontradas vertientes del género novelístico, nos colocan frente a un autor del que aún podemos esperar muchas sorpresas y más connotados sortilegios.

Sin embargo, por encima de todas estas posibilidades, *Volcán de niebla* es también un apasionado reclamo por la libertad que considero asaz oportuno en los tiempos de incertidumbre que vivimos. Precisamente frente a ello, uno de los personajes, intelectual honesto y periodista insobornable, reflexiona en algún momento crucial de la historia sobre la situación que contempla y el narrador, *voyeur* incorregible, no puede dejar de anotar lo siguiente:

La época por la que atravesaba el país, y la que posiblemente vendría después, reclamaba de él una mirada atenta y vigilante, un nuevo compromiso con la verdad para denunciar los demonios que la encubren, cualquiera que fuese el precio a pagar. Con una suerte de apasionada clarividencia —que estremeció las fibras de su ser—, tomó conciencia de que en el periodista, al igual que en el hombre de espíritu, en el creador o en el artista, se renovaba cada vez ese llamado irrenunciable a ser testigo de su tiempo y a levantar el testimonio de su palabra por encima de toda forma de opresión, brutalidad o peligro.